



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Ludmila M. Ramis**

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Noelia Navarro

Corrección y revisión

Naiara Philpotts

Portada

Ángel Blue

Maquetación

María Alejandra Domínguez

Impresión

Podi Print

Primera edición: Diciembre de 2020

Depósito Legal: B 19947-2020

ISBN: 978-84-18013-36-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

LUDMILA M. RAMIS

EXTRA POINT

SEGUNDO LIBRO DE LA SERIE #GOODBOYS



Nova Casa Editorial



ÍNDICE

Introducción	15	XXX	Eres y serás	253
I Dispar	19	XXXI	Ríete	257
II Mugunghwa	27	XXXII	Dos caras de una moneda	263
III Disminuir	35	XXXIII	Pijamada	269
IV De fanáticos y tendencias carnívoras	41	XXXIV	Magia	279
Primer fragmento de una carta	47	Sexto fragmento de una carta	287	
V Escudo en un vestido	49	XXXV	Aurora boreal	289
VI Error de humanos	57	XXXVI	Porcentaje	295
VII Fontanería	63	XXXVII	Significar	301
VIII Recapitular	69	Séptimo fragmento de una carta	309	
IX Tempestad	77	XXXVIII	Señalador	311
X Corazón flexible	85	XXXIX	Extraviado	319
Segundo fragmento de una carta	93	XL	El coco	323
XI 500 páginas	95	XLI	Escenificar	331
XII Deambular	105	XLII	De galaxias y tipos malos	339
XIII Una técnica cambia vidas	113	XLIII	Apunte perdido	347
Tercer fragmento de una carta	121	Octavo fragmento de una carta	357	
XIV Paranoia	123	XLIV	Acertijo	359
XV Voltaire	131	XLV	Tan bien y tan mal	369
XVI De abrazos y calcetines	137	Último fragmento de una carta	381	
XVII Hiperventilar	143	XLVI	La cuenta	383
XVIII Cafeína	147	XLVII	Reutilizar	389
XIX Sonrisa de regalo	157	XLVIII	El mentor	395
XX Atizar	167	XLVIX	Sábados	397
XXI Líos humanos	175	L	Código arcoíris	407
Cuarto fragmento de una carta	183	LI	¡Luz, cámara, acción!	417
XXII Petrolíferos	185	LII	Brújula	425
XXIII Guayaba	193	LIII	Limerencia	433
XXIV Jökulsárlón	201	LIV	El arte que sentimos	439
XXV Dame un <i>touchdown</i>	209	LV	<i>Dolce vendetta</i>	445
XXVI 221 meses aprendiendo a volar	217		Epílogo	451
XXVII 곧보자	225		Agradecimientos	461
Quinto fragmento de una carta	233			
XXVIII Bisturí	235			
XXIX Tía	245			



Para aquellos que se refugian de la lluvia y los que bailan bajo ella.

Con o sin paraguas, son valientes.



NOTAS DE BILL

Cosas necesarias para la mudanza:

- Enviar a mi esposa a ^{Australia queda más lejos} ~~Puerto Rico~~ 
- Documentación y esa mierda
- ¡Paciencia? ¡Eso existía?
- ¡Máquina para hacer pasta, cucharón de la suerte, delantal!
- Zoe (NO OLVIDAR) 

Dejar instrucciones a la señora Hyland para que riegue las plantas en mi ausencia

PD: Riesgo de que las mate a propósito (envidiosa de mis petunias)



★ Notas de Zoe ★

Receta para probar en la nueva ciudad:

- ½ cucharada de "Me animo a todo"
- ¾ de seguridad en mí misma
- 2 huevos de valentía (Tal vez 3)
- 1 litro de "Vivir el momento, no el pasado"
- 1 paquete de pensamientos positivos
- 31 cucharadas de azúcar (cuanto más dulce la vida, mejor)

Recordatorio: No sé cocinar, pero lo intentaré

★ Notas de Zoe ★

• Universidad: OCU

• Equipo: Sharps

• Ratones congelados: 5



Los Hígados



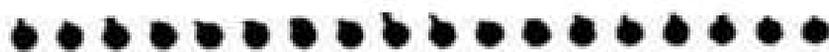
Elvis
Preston

Ingrid
Hoffman

Mei Ling
Lee

Akira
Lee

Glimmer
Nygo



Notas de Blake





Playlist



1. Umbrella - The Baseballs
2. Fresh roses - Juke Ross
3. Shelter - Finneas
4. You don't know - Katelyn Tarver
5. You should be sad - Halsey
6. Los chicos hoy saltarán a la pista - La Casa Azul
7. Smile - Uncle Kracker
8. Inner demons - Julia Brennan
9. The home that mom built - Vince Dixon
10. Don't stop me now - Queen



Introducción

Siete años atrás

—¿Eso quiere decir que no veré a mamá nunca más? —pregunto, sin terminar de entenderlo.

Mi hermano se arrodilla para estar a mi altura y envuelve mis manos con las suyas, como las flores que se cierran de noche. Nunca antes había visto a Malcom llorar. Es extraño porque no hace ruido y sus lágrimas no quieren caer de sus ojos. Están cómodas ahí, pero no debe ser agradable tener huéspedes indeseados que te bloquean la vista.

—Depende —dice Kansas a mi lado, en el banco.

—¿De qué?

—De lo que creas.

—¿Y en qué creo?

Malcom se ríe, pero su risa es tan rara como su forma de llorar.

—Kansas se refiere a las creencias. Hay personas que creen que luego de fallecer uno va al cielo y se reencuentra con la gente que murió antes; otros, que nos quedamos merodeando alrededor de los que queremos como fantasmas; algunos, que reencarnamos o nos volvemos la nada misma, que sería como dormir para siempre, sin sueños ni pesadillas... Simplemente dormir. Hay otras, pero esas son las más populares.

—¿No puede mamá reencarnar en su viejo cuerpo, irse al cielo a cenar con los abuelos, dormir sin tener pesadillas y visitarme como un fantasma cuando la extrañe?

—¿Crees que es posible? —cuestiona Kansas con voz triste mientras peina mi cabello.

—¿Tú no? —respondo, sorprendida—. Porque si tantas personas creen en tantas cosas, entonces, tal vez, puedan creer en muchas cosas siendo una, ¿o está mal?

Malcom niega con la cabeza.

—Puedes creer en lo que tú quieras, pero debes saber que cuando crezcas tus creencias pueden cambiar. Es habitual que los niños se hagan grandes y aún crean en lo que sus padres les dijeron, pero tu mamá nunca te educó para creyeras en algo.

Se ve apuesto usando traje. ¿Por qué la gente se viste bonita para los funerales? De todas formas, se verían incluso más lindos si usaran colores o estampados. A mí me gustan el violeta y el amarillo, también el rosa y el azul, y las flores.

—Anne quería que tú misma descubrieras en qué creer y en qué no, Zoe —explica Kansas—. Es decir, que lo que quieras creer, ahora al igual que dentro de veinte años, estará bien. Nadie puede juzgarte...

—¿Pero? —digo.

—¿Por qué crees que estoy por decir pero?

—Porque tú siempre dices que hay un pero. También le dices a Malcom que se calle cuando empieza a hablar mucho.

—Pero —continúa ella mientras asiente— debes saber que no vas a volver a ver a tu mamá, al menos en esta vida. No estoy asumiendo o rechazando la idea de que habrá otra, eso ya lo decidirás tú, pero de momento no podrás verla, abrazarla o hablar con ella. Dolerá tanto que algunas veces te echarás a llorar con tristeza y otras con rabia, pero debes recordar que nos tienes a nosotros. Eso no va a devolverte a Anne ni aliviará el dolor, pero te ayudará a sobrellevarlo.

Eso me recuerda al accidente. Tuve mucho miedo y me despierto llorando cuando sueño con una ruta. Salgo corriendo por el pasillo y le pido a Malcom si puedo dormir con él o a Kansas si puede tocarme una canción en el piano. Si no logro conciliar el sueño, voy al cuarto de Billy y lo despierto. Sin importar la hora que sea, se levanta y cocinamos juntos el desayuno. El chocolate caliente calma los miedos y, también, lo hacen sus abrazos.

—¿No voy a dejar de extrañarla nunca, nunca?

—No, no lo harás. —Mi hermano acaricia mi mejilla. Mis lágrimas son distintas a las tuyas porque las puede atrapar con el pulgar—. Sin embargo, hay diferentes formas de extrañar a alguien. Cuando piensan en las personas que ya no están, algunos sonríen con algo que se llama nostalgia, que no tiene por qué ser triste. Lo entenderás con el tiempo.

Se sienta a mi otro lado y me encuentro atrapada entre ellos. Los tres miramos donde se supone que está mamá. ¿Entierran a toda la gente en un mismo lugar para que no se sientan solos o sus familias no lo hagan cuando vengamos a visitarlos?

Con la nueva información que me dieron, me pongo a pensar en qué quiero creer, pero tal vez no basta con querer. Siempre quise que Santa Claus existiera, pero mi amiga Nardy dijo que no lo hacía y me lo comprobó a pesar de que yo quería seguir creyendo en él. Creer en las cosas tiene que implicar más que querer, así que, aunque quiera creer que mamá reencarnará en su viejo cuerpo, irá al cielo a cenar con los abuelos, dormirá por siempre sin pesadillas y asistirá a todos mis cumpleaños como un fantasma, no puedo.

Algún día voy a averiguar en qué creo, pero ahora hay algo más importante que hacer.

Saco del bolsillo de mi abrigo el sándwich de queso que preparé con Ratatouille antes de venir.

—Zoe, eso es de mal gusto —reprocha Malcom, pero veo que sonríe más de lo que lo ha hecho en los últimos días.

—¿Mal gusto? —repito mirando el sándwich—, pero si esto siempre sabe riquísimo.

No sé de qué se ríen, pero me río con ellos y luego dejo la comida frente a mamá. Morir debe dar hambre.

—Necesitamos tizas de colores —decido—, la lápida es muy fea y gris.

—Creo que podemos decorarla un poco —concuerta Kansas, y Malcom la abraza.

—No un poco —corrijo—. Mucho, muchísimo. Puede que no existan colores donde se encuentra. Es nuestra responsabilidad añadirlos por ella, porque la amamos.

Por mamá drenaría todos los arcoíris del cielo.



Capítulo I

Dispar

Presente

Zoe

Hoy es un buen día.

«Para atropellar a alguien».

En realidad, creo que nunca es un buen día para llevarse por delante a un peatón. Grito, freno el Jeep de golpe y salto fuera para encontrar un chico inconsciente en medio de la calle.

¿Y si lo maté? ¿Puede ocurrir tal desgracia por ir a doce millas por hora? Hay gente que muere por tragarse monedas o intentar abrazar el reflejo de la luna estando ebrio, como le pasó a un poeta chino llamado Li Bai.

«Dios, Dios, Dios...», pienso. Varias personas mueren por una mala caída todos los días.

—¡Lo siento tanto! ¡Juro que no quise hacerlo! —Me arrodillo junto al extraño que está de espaldas a mí—. No es como si alguna vez haya querido atropellar a alguien —apresuro a corregirme, aunque muchas veces dije o pensé que quería arrasar con mi coche a la profesora de educación física—, o por lo menos no de verdad.

¿Por qué de los más de setecientos cincuenta millones de personas tuvo que cruzar la calle conmigo al volante?

—Dime que sigues respirando —susurro, nerviosa—. Vamos, por favor, inhala oxígeno por las vías aéreas superiores y expulsa el dióxido de carbono, no es difícil.

¿Debería tocarlo? ¿Llamar a emergencias? Estoy tan paralizada que no logro hacer memoria de la clase de RCP que tomé el verano pasado. No quiero tocar un cadáver o, por lo menos, no uno que no sea útil de Halloween y que no se use con el fin de dar dulces a los niños y mucha clientela a los dentistas.

—Por favor, por favor, por favor...

Miro alrededor desesperada por ayuda, pero en la cuadra solo estamos nosotros y dos perros apareándose junto a una autocaravana. No se escuchan ni los pájaros y no logro gritar ya que tengo un hilo de voz. Sin saber qué hacer, me atrevo a tocarle el hombro y echarle un vistazo. Mechones oscuros caen sobre su frente. Los aparto con dedos temblorosos; debe tener una edad cercana a la mía.

—Eres demasiado lindo para morir —me espanto.

Estoy a punto de verificar que sigue respirando cuando un repentino grito me sobresalta y hace caer sobre mi trasero.

—¡Apártate, ahora! —Una chica asiática, vestida con un buzo neón demasiado grande, salta los escalones de un porche y corre hacia nosotros con dos pequeños rodetes azules que rebotan en la cima de su cabeza—. ¡Akira Arlet Lee, estudiante de medicina de segundo año! ¡Dame espacio!

Sus ojos van y vienen con rapidez por el desconocido, como los de un lector relámpago, mientras apoya dos dedos en su cuello para tomarle el pulso.

—Accidente de tránsito a velocidad mínima, probabilidad de heridas mortales del 10 % —murmura para sí.

Saca un estetoscopio del bolsillo del su buzo y escucha su corazón. ¿Qué clase de fanática de *Grey's Anatomy* o *Doctor House* es esta? ¿Acecha tras su ventana a posibles víctimas para salir a auxiliarlas?

—Dime que está bien, por favor, dímelo —ruego—. ¡Fue un accidente!

Ahora saca una linterna médica y le abre los párpados. No salgo corriendo porque estoy en contra del abandono de persona, pero las ganas no me faltan.

—Paciente inconsciente con posible contusión de primer grado en codo derecho y hematoma en la cadera. No hay lesión en la cabeza y las

pupilas responden correctamente. —Le examina las orejas, la boca, la nariz y hasta las axilas en cuestión de minutos—. Conclusión a partir de la inspección, palpación y auscultación indirecta... —dice al mirarme por primera vez, seria—... el paciente muere.

—¿Qué?! —Mis ojos van del muchacho a la tal Akira con desconcierto y pavor—. ¡Pero tú acabas de decir...!

Me corta:

—Lo siento, hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance.

—¡No has hecho nada, ni RCP! —me exaspero—. No puede estar muerto. Por casualidad, ¿no tienes algo que dé descargas eléctricas dentro de tu buzo mágico?!

Probablemente porte un bisturí, lo cual sea tan útil como peligroso.

—Claro que no, ¿quién te crees que soy? Pero podemos esperar a que Zeus te oiga y nos lance un rayo. —Se encoge de hombros—. Si es que Percy no se lo robó aún.

«Percy Jackson no robó el ra...», como sea, estoy estupefacta para cuando su expresión anterior se desvanece y se empieza a desternillar de la risa.

«¿Qué le pasa a esta lunática?».

—Tranquila, Blake no va a morir hoy. —Sonríe, animada, y deja el estetoscopio alrededor de su cuello—. O por lo menos no por ti y tu inoperancia automovilística. ¿Cómo es que siquiera conseguiste la licencia para conducir? El que te aprobó debió haber tenido una fiesta de drogas antes de evaluarte o habrá recibido un buen soborno. —Su alegría se evapora de golpe y me mira con severidad—: ¿Tú consumes drogas?

—No, ¡claro que no!

Acabo de mudarme de Betland a Owericity y ya arrollé a una persona. Escapo de mis problemas en mi antigua ciudad para ser recibida por esta extraña y su charla sobre alucinógenos.

—Genial, porque como tu doctora debo decirte que esas cosas son malas para ti; pero como tu amiga debo decir que no sé qué esperas para probarlas. Son el alma de las fiestas universitarias por aquí.

¿Mi doctora? ¿Mi amiga? Antes de tener como médica a esta posible toxicómana prefiero que me atienda Víctor Frankenstein. No obstante,

mientras levantamos al chico que parece conocer, le agradezco por aparecer.

—¿Es un hábito tuyo dejar a los chicos inconscientes? —pregunta.

—Algo así. —Mis mejillas se vuelven un semáforo en rojo—. Dejé inconsciente al actual esposo de mi exniñera, la cual resultó ser mi cuñada y cuyo novio terminó siendo mi hermano.

—¿También lo atropellaste, Rayo McQueen?

—Tenía siete, así que no sabía conducir nada más que autos a control remoto —digo en mi defensa, aunque ni esos coches sabía maniobrar. Los hacía estamparse contra una pared y con eso se esfumó mi sueño de correr en Fórmula 1—. Le di vodka en vez de agua, sin querer, por supuesto.

Frena en seco. Está costando mucho mantener a Blake en posición vertical mientras lo subimos por el pórtico de su casa, pero estiro el cuello tanto como puedo, porque la preciosa pero obstaculizante cabeza de este chico se interpone entre nosotras.

—Eres una joya en bruto. —Sus ojos cafés brillan con picardía—. ¿Podrías dejar al muchacho que me gusta inconsciente por mí? Yo me encargo del resto.

No puedo descifrar si lo dice en broma o no. Me aterra un poco lo que podría pasarle a un ser humano estando a solas con tal amable, pero perturbadora señorita.

—Alcoholicé a un sujeto y atropellé a otro, ¿estás segura de querer eso para tu enamorado?

Entramos a la casa y dejamos a Blake sobre un sillón con tanta suavidad como podemos. Ella le acomoda la cabeza y le sube los pies mientras me arrodillo junto a él para volver a disculparme a pesar de que no puede oírme.

—Cuando la persona que te gusta no te corresponde del todo, o nota lo muy enamorado que estás, hay dos opciones. —Toma la mano inerte del su paciente ilegal y dobla tres de sus dedos, dejando el índice y el dedo medio en alto en un lindo signo de la paz—. Lo enfrentas y esperas que sienta lo mismo. —Baja el índice y reprimo una sonrisa avergonzada—. O llamas a...

—Zoe Murphy —me presento.

—O llamas a Zoe Murphy para que le propine un *knockout* con su coche o alcohol, y así tienes la posibilidad de secuestrarlo.

Enfatiza su plan y deja caer el brazo de su marioneta humana mientras me sonrío. Para no ser descortés, le sonrío de vuelta; pero vacilo un poco al hacerlo.

—Bienvenida a la ciudad, forastera —afirma.

Blake

Una semana antes

—Te estás quedando sin dinero —recalca por cuarta vez en lo que va de la noche.

No quiero responder porque sé que no llegaremos a un acuerdo sobre el asunto, y tampoco me apetece que Kassian se despierte, como ya lo ha hecho en otras ocasiones por escucharnos discutir.

—No puedes seguir manteniéndola mientras ella está en quién sabe dónde, Blake.

Me sé de memoria el recorrido que hace alrededor de la maltratada mesa de fresno para llegar a donde estoy. Veo sus zapatos antes de que se arrodille con la intención de que la mire a los ojos. Estoy tan cansado que apenas puedo permanecer sentado en la silla.

—Se marchó. —No dice su nombre, pero siempre hay exasperación en su voz cuando la recuerda—. No la amas. No sé por qué haces esto.

Intenta tomar mi mano, pero huyo de su contacto. Con un suspiro, se pone de pie y se aleja. Sabe la impotencia que me genera no poder contradecirla.

—No tenemos dinero, y lo sabes. Mi trabajo y el tuyo no bastan. Deja de estar presente en su vida cuando ella no está en la tuya, ¿de acuerdo?

Permito que la carencia de palabras junto con el zumbido que proviene del refrigerador llenen el vacío que pretende ocupe mi voz al decir que tiene razón.

—¿Terminaste? —pregunto.

Por primera vez desde que Kassian se fue a dormir, la miro. Sus ojos

son iguales a los míos y a los de papá, pero la parte pertinente viene de Betty. Me pongo la cazadora de cuero y me acerco a ella.

—Vendré por... —empiezo.

—Vendrás por Kassian el viernes, lo sé.

Sé que está agotada de mis análogas y cortas respuestas, de su trabajo no tan bien pagado y del padre de su hijo que se comporta como un imbécil. Así que, cuando le beso la mejilla, le recuerdo dos cosas:

—Te quiero, y tu vida no siempre será así. Ya verás, mejorará.

Espero en el corredor del cuarto piso hasta oír que cierra la puerta con llave y echa el pestillo. Una vez que salgo del complejo, la calidez de la brisa de mediados de junio me recuerda que falta poco para el cumpleaños de Kassian. La simple idea de celebrar algo me da gracia. Sería una ironía.

Camino calle abajo con la única compañía que brinda mi sombra. La gente no suele andar a esta hora por lugares como este, así que está desértico. Las nubes obstruyen la luna y cada estrella. El gris se fusiona con el azul oscuro, casi negro, y la tormenta se aproxima a paso diligente. Los interminables y lujosos edificios brillan a la distancia y acaparan la atención que las construcciones que hay en estos lugares jamás tendrán. Mis dedos se mueven inquietos mientras guardo la imagen en algún lugar de mi cabeza, lejos de la migraña que me ha acompañado por días. Tengo el impulso de pintar, de dibujar, de esculpir o de hacer algo que sea capaz de guardar en sus líneas y en sus colores lo que estoy viendo y sintiendo en este momento: el paisaje combina con mi enojo y mi mísera esperanza.

Miro mi reflejo en la ventanilla polvorienta de un coche y me pregunto qué se sentirá ser de los tipos que se dejan llevar y exteriorizan lo que sienten causando destrozos. Lo probaría de no saber cuánto le costará al dueño repararlo, de no imaginar el frío que podrían pasar sus hijos en el asiento trasero al llevarlos a la escuela por la mañana, y de no tener el arte como mi salvavidas.

Quiero llegar a casa y dormir, olvidarme de todo por unas escasas horas a pesar de que sé que al final es inútil porque, cuando abra los ojos, todo seguirá igual y veré que no puedo cambiarlo. Mi pasado seguirá convirtiéndose en mi presente, y mi futuro volverá a verse amenazado

con ser una réplica de lo que, de forma constante, tengo el infortunio de vivir. Nada variará a excepción de que consiga más dinero o deje de transferir la mitad de todo lo que gano a Mila.

Mi celular vibra y por un momento me convengo de que no es necesario contestar; pero con cada segundo que pasa, me imagino un rostro que puede necesitarme: Mei, Kendra, Dave, Shane...

—No sueles tardar en contestar —señala una familiar voz a través de la línea.

—Tú no sueles llamar a esta hora. —Reduczo el paso al que voy—. Es mi fin de semana libre.

—Ya no lo es. Tengo trabajo para ti, un cliente de último minuto, ¿lo tomas o debo llamar a alguien más?

—¿De cuánto es la paga?

—No hay paga esta vez, es más como una especie de favor... —Sé que quiere añadir algo más, pero se retiene—. Sin embargo, si necesitas dinero...

—Lo haré —interrumpo—. Lo que sea que necesites sabes que lo haré.

Como siempre, dejo que la jefa cuelgue primero.



Capítulo II

Mugunghwa

Zoe

Mi madre murió cuando cumplí once.

Ese es uno de los principales motivos por los cuales estoy aquí, porque a pesar de ser criada por personas que considero mi familia, el recuerdo de Anne Murphy persiste y persistirá en mi antigua ciudad. No es como si me hubiera marchado porque no quiero recordarla, pero estaba rodeada de gente que aún, luego de tantos años, me sigue mirando con lástima.

Me gusta recordar a mamá, pero no con los ojos afligidos que me persiguen mientras camino por la calle siendo un constante recordatorio de la pérdida y no de la alegría que ella trajo a mi vida.

Siete años observada de la misma manera fueron suficientes.

Kansas Shepard, la mujer que solía ser mi niñera, me regaló su Jeep todoterreno cuando cumplí diecisiete. Al principio, lo rechacé; los automóviles son grandes emisores de gases contaminantes que destruyen el planeta, en parte responsables por el cambio climático y nocivos para la salud humana. Objeté que, como futura estudiante de Ecología, tenía que dar el ejemplo; pero al final tuve que aceptarlo porque no podía cargar con más de ocho cajas de mudanza y Gloria en mi bicicleta.

No era mi opción terminar en Owercity. A pesar de que cursé los primeros meses de la carrera en la BCU —por estar indecisa acerca de a dónde partir y si sería capaz de alejarme de mi familia—, en el fondo, siempre supe que quería irme lejos. Sin embargo, Bill Shepard, mi padre adoptivo, consiguió trabajo como suplente del entrenador de los Sharps de la OCU. Me matriculó ahí y me rogó que considerara venir dado que, según su otra hija, está experimentando el síndrome del nido

vacío y se rehúsa a soltarme como tuvo que hacerlo a regañadientes con Kansas. Conseguir el pase de una universidad a otra no fue un problema gracias a su posición.

Bill tiene esposa, pero como regalo de cumpleaños le pagó un viaje *all inclusive* de tres meses alrededor de Australia. No sé si fue con la intención de deshacerse de la mujer por un rato o si lo hizo de corazón, pero Anneley está correteando canguros o intentando capturar a Nemo desde la semana pasada.

Mientras tanto, yo estoy aquí con una posible Dory. Blake sigue inconsciente en el sofá, ¿y si hice que perdiera la memoria?

Mantengo la espalda erguida, incómoda, mientras espero a Akira. Ella subió las escaleras hace veinte minutos con la excusa de ponerse pantalones, pero tengo la teoría de que es muy indecisa para elegir su atuendo, su cuarto es un desastre o se metió en su armario para intentar encontrar la puerta a Narnia. Sin mucho que hacer, curioso alrededor para no pensar que dejé el todoterreno en medio de la calle con mi mascota en dentro.

Ahora que sé que no maté a alguien, me fijo en la pared de la chimenea. No la hubiera ignorado si no hubiera pensando que podría ir a la cárcel: a simple vista solo parece una silueta femenina en tonos pasteles sobre un fondo blanco; pero cuando me acerco, veo el relieve de palabras en otro idioma que bordean la figura y abarcan toda la pared en un sutil tono hueso. El perfil y torso de la mujer está hecho y relleno con pequeñas mugunghwas, la flor nacional de Corea del Sur.

No sé por qué recuerdo eso y no cómo hacer RCP. Mi instinto de supervivencia es nulo.

Recorro los símbolos con las yemas. Como apenas puedo lidiar con mi propio idioma, me imagino que cuentan una historia, canción o poema con el que Akira creció.

—Simbólico, introspectivo y sutil —clasifico, como de costumbre.

Este mural tiene mi aprobación, lo cual en términos artísticos no vale un comino porque apenas puedo recordar los colores primarios. Me gusta apreciar el arte, pero crearlo se me hace imposible. Soy del tipo que dibuja los cuerpos de las personas con palillos y círculos para representar sus cabezas, y van desnudos o con una falda hecha con un triángulo.

—¿Por qué?

—Simbólico, porque representa algo propio de una cultura. —Paso el peso de mi cuerpo de un pie al otro—. Introspectivo, porque desemboca una reflexión interna sobre qué es lo que significa. Y sutil, porque no es llamativo. De lejos parece tan simple que puede ignorarse, pero si te acercas no puedes negar su complejidad. Me recuerda a las personas. ¡Y está precioso! Dejaría que el artista me lo tatúe en una nalga.

Me río de mi propio comentario, pero al instante me callo y giro, despacio, con las manos bajo mi mentón.

—Lo siento tanto —digo por vigésima vez, pero esta vez sé que puede escucharme.

No quiero saber cuánto tiempo estuve mirando la pared como si hubiera reencarnado en un florero mientras él volvía en sí. Me coloco el cabello tras las orejas y me acerco, preocupada, al ver que se está fro-tando la cadera, adolorido.

—Estaba distraída porque miré por el espejo retrovisor y vi el terrario de Gloria vacío, entonces me di vuelta por un segundo para ver dónde estaba, ¡y lo siguiente que supe es que te estaba usando para trapear el asfalto! Soy una mala conductora. Lamento tu contusión de segundo gra... —El vómito verbal se detiene cuando me mira.

Benditos sean esos globos oculares.

Deseo saber cuánta melanina hay en sus iris y la forma en que se distribuye para obtener la intensa, perspicaz y «vuelacalzones» mirada que tiene este sujeto. Sin embargo, se encarga de reventar la burbuja cuando desliza sus ojos a lo largo de la cicatriz que va desde mi sien derecha a mi mentón. Doy un paso atrás y ladeo la cabeza, haciendo que el mismo mechón que empujé tras mi oreja caigan como una cortina sobre la irregularidad.

Estoy acostumbrada a apartar el pelo de mi cara porque en Betland todo el mundo conoce la cicatriz y aprendieron a ignorarla; pero aquí es diferente. Con él y con todos lo será. Las verdaderas heridas no se cosen, se curan por sí solas. Es injusto, pero se abren en lo que dura un latido y sanan en lo que se cura un corazón. Sin embargo, a pesar de tener una cicatriz sé que aún no sané; es complicado hacerlo cuando la gente me mira de la forma en que lo hace él.

—En verdad, lo siento. —Llevo las manos a mi espalda y me aclaro la garganta—. Si tu codo, cadera o cualquier parte del cuerpo empieza a doler, déjame pagarte la consulta al médico. Es lo menos que puedo hacer, pero considera elegir a uno ya recibido, no a Akira. Ella ya te había declarado muerto a las 14:31.

Le sonrío en un intento de aligerar el ambiente, pero sus ojos continúan vagando por mi rostro, como si pudiera conocer mi historia sin que se la cuente. Estoy tan incómoda que me planteo la idea de subir al Jeep y conducir de vuelta a casa, pero sus labios me detienen. Se curvan, no lo suficiente para ser una sonrisa, pero sí para quedar en camino a ella.

¿Cómo se respiraba? Porque siento que acabo de comer un festín navideño y estoy dentro de unos *jeans* tres talles más pequeños que cortan mi circulación y cuyo botón saldrá disparado como una bala en cualquier momento. Debo recordarme que traigo un vestido para no temer exhalar y que ese imaginario botón no le sacará un ojo a este tipo frente a mí, que está a punto de hablar, cuando alguien se le adelanta.

—Akira declara muerta a las personas hasta cuando se atragantan con una aceituna. No es de fiar.

Me giro hacia las escaleras y la persona me tiende una mano morena salpicada de manchas color crema. Nunca había conocido en persona a alguien con vitíligo. Afecta desde su rostro hasta sus brazos descubiertos por una camiseta de tirantes delgados. Es como una obra de arte móvil.

—Soy Glimmer y tú debes ser Zoella. Bienvenida a la fraternidad Los Hígados, como ves, el nombre lo eligió Akira.

—Mi cerebro no está procesando lo que me estás diciendo —digo, aunque acepto su mano.

¿Cómo me conoce? Tengo cincuenta y tres seguidores en Instagram y estoy segura de que no forma parte de ellos.

—Eres la chica de Betland que estaba buscando una compañera para la renta, ¿verdad? Bueno, soy la del anuncio en Facebook.

—¿No te llamabas Ingrid? —inquiero.

—En esta casa hay una computadora de escritorio y cinco personas con la sesión iniciada en la aplicación, es normal equivocarse de cuenta.

—También es difícil compartir un baño, pero hacemos lo que podemos con desodorante de ambiente. —Akira aparece en la parte superior de las escaleras, aún sin pantalones—. Ya verás cómo funciona todo, foraste... ¿A dónde se fue el paciente 001?

Cuando me giro, el sofá está vacío.

Blake

—¿Dónde estabas, Hensley? —inquire Dave al ponerse una camiseta—. Puede que el antiguo entrenador te perdonara los retrasos, pero dudo que el suplente lo haga.

—¿Es un tipo duro? —evado su pregunta.

Evito contarle lo que estuve haciendo porque si lo hago comenzará a atar los cabos sueltos. Es lo suficiente inteligente como para no formular preguntas en voz alta; pero me incomoda el hecho de que las formule para sí mismo y me miré con ojos precavidos en el intento de encontrar las respuestas.

Iba a casa de Mei para decirle que no podía acompañarla a una exposición el sábado porque tengo trabajo, pero que, si ella aún quiere, podría llevarla y recogerla —me siento culpable al cancelar planes—, cuando un coche dobló la esquina y me dejó inconsciente.

Aún sigo algo adolorido, pero tenía que venir.

—No lo conocí, pero según los rumores lo es. —Se sienta a mi lado en el banco del vestuario y busca mis ojos—. Lo digo en serio, Blake. No creo que él sea tan indulgente contigo como lo era el *coach* Martínez.

Pienso en la cantidad de veces que falté y voy a faltar a las prácticas, los partidos que perdí y sé que me perderé. A pesar de que estoy continuamente esforzándome para lograr hacer todo, la realidad me dice que es imposible. Trabajo, estudio, entreno, soy niñero a medias de mi sobrino y tengo compromisos que cumplir, gente que ayudar.

Si tengo que quitar horas de mi agenda, esas solo pueden ser de fútbol.

—No quiero su indulgencia. Con que no me saque del equipo, me basta.

Dave se reserva los comentarios y asiente. No es alguien de muchas palabras, pero es capaz de expresar en una oración más de lo que muchos son capaces de decir en quince.

—¡Adivina de qué me enteré hoy, Hensley!

Me giro ante la alegre voz de Shane Wasaik. Es el polo opuesto de Dave; moreno, bajito, calvo, amante en exceso de los carbohidratos, hiperactivo y flojo tanto de lengua como de trasero: sus gases pueden hacer que el vestuario quede despejado en tiempo récord.

—Estaba hablando con la prima de la tía de la cuñada de mi hermana cuando me enteré que Pablo Picasso, ese pintor que te gusta, en realidad se llamaba Pablo Diego José Francisco de Paula Juan Nepomuceno María de los Remedios Cipriano de la Santísima Trinidad Ruiz Picasso. —Exhala con fuerza cuando termina—. Pobre hombre, ¿cómo se acordaba su nombre completo? Yo apenas puedo deletrear el mío y a veces me olvido de escribirlo en mayúscula.

—Odio tus árboles genealógicos —dice con un desdén sereno Dave, como es usual, pero yo arqueo una ceja entretenido.

Todos creen que Shane habla por los codos porque puede. En parte así es, pero también es el primero en notar cuando estás estresado. Te hace hablar de cosas que te gustan para que dejes de pensar en las que no.

Ya afuera, en el pequeño estadio, han retirado el techo retráctil que utilizamos los días de lluvia. Según los meteorólogos lo vamos a necesitar en los próximos días, pero de momento el sol baña el césped y a un hombre que está de pie, mirando su sujetapapeles y con el rostro oculto por una gorra de los Kansas City Chiefs. Su figura es imponente.

Los murmullos del equipo entero se escuchan al ritmo de nuestras pisadas mientras nos acercamos.

—Quiero ejercicios de estiramiento y movilidad muscular, dos millas de trote alrededor de la pista de atletismo y uno, corriendo. Traigan escaleras coordinativas, conos, redes de entrenamiento y todos los malditos balones que haya en este lugar. —Su voz es áspera como la lija y acalla hasta el zumbido de las moscas—. No quiero presentaciones. Los conoceré a medida que vayan cometiendo estupideces y exija saber sus nombres. —Sigue sin mirarnos—. Mi nombre es Bill Shepard y estoy a cargo de ustedes, señoritas.

—¿Bill Cyrus Shepard? —Shane susurra atónito—. ¿No es el suegro de Malcom Beasley, el *quarterback* de los Saints? ¿No entrenó también a Logan Mercury? —Se agarra la calvicie sin poder creerlo—. El novio de una amiga del tío de una excuñada me consiguió un autógrafo del 27 el año pasado. Venero ese pedazo de papel como los hindúes a la vaca del chocolate Milka.

Dave ladea la cabeza sin comprender quién es el novio de la amiga del tío de una excuñada de Shane y yo reprimo una sonrisa.

—Creo que no fui lo suficientemente claro, zopencos...

El suplente levanta la vista y de forma instantánea muchos desean bajarla. Su rostro es un conjunto de facciones férreas e imperturbables. Si tuviera que retratarlo, lo haría con carboncillo. Blanco o negro, a si parece reducir el mundo este hombre.

—Quiero que hagan cada una de las cosas que dije ahora mismo —reitera, y cuando nos quedamos observándolo, brama—: ¡¿Qué están esperando?! ¡¿Una carroza, un *jet* privado o un jodido poni?! ¡A trabajar, que holgazanes sobran en el mundo!

No es hasta que estoy en las duchas —casi muerto—, que las palabras de Dave vuelven a mi mente. Es verdad, Shepard no será indulgente conmigo, pero no sé cómo voy a explicar mi situación a un tipo que entrenó profesionales y no dudará en echarme si no ve compromiso y disciplina en extremo de tu parte. Él no podría entender mis motivos y tampoco se los confesaría.

Con una toalla envuelta en la cintura regreso a mi casillero mientras froto mi codo. Cuando desperté en el sofá de las vecinas estaba algo mareado, pero en cuanto escuché la voz de la responsable de mis hematomas jamás me sentí más lúcido. Repaso nuestra pequeña conversación, o más bien su monólogo sobre mi mural, y cada vez me intrigo más. Es extraño que llegue alguien nuevo en esta época del año, más aún, que lo haga con una historia escrita en el rostro. Apenas logré mirarla por menos de dos minutos antes de que Glimmer apareciera y yo recordara que mi teléfono debía seguir en la calle. Miré el reloj de la sala y no quise interrumpir su conversación. Además, tenía que llamar al trabajo.

—¡Lindos abdominales! ¿Puedo conseguirlos por internet? No me importa pagar el envío.

Me giro hacia la misma voz de esta mañana. Los Sharps me impiden verla, pero tengo la certeza de que está cerca, más allá de las decenas de cuerpos, toallas y ropa interior usada que vuela de un lado al otro.

Capítulo III Disminuir

Blake

Cuando conozco a alguien tiendo a pensar con qué materiales lo retrataría y sé que a ella solo podría hacerla con acuarelas. Colores cálidos para el rubio de su cabello y el rosado rubor de su cuello y sus mejillas, y una mezcla de azul y gris apagado para sus ojos. Es extraño que colores de una intensidad tan débil puedan transmitir tanta vida, pero cuando me sonrió con esas cicatrices a la vista se me hizo la chica hecha con el cristal más resistente capaz de redireccionar cualquier luz.

—¿Alguien me podría decir dónde está la nueva oficina de Bill, por favor? —pregunta—. Porque no creo que su escritorio esté junto a una pila de malolientes calcetines y un montón de universitarios a medio vestir.

Trata de disimular su inquietud con comentarios divertidos. A mí también me incomodaría aparecer en el vestuario del equipo de natación femenino con veinte chicas casi desnudas.

Escucho que Shane le da instrucciones para llegar al despacho mientras me pongo unos pantalones cortos y tiro de una camiseta sobre mi cabeza tan rápido como puedo. Con las zapatillas y el teléfono en mano, me abro paso hasta la puerta; todavía me gotea el cabello.

—Puedo acompañarte —ofrezco.

Las voces se hacen cada vez más débiles. Mis compañeros no se ponen a silbar, aplaudir o hacer bromas porque están demasiado extrañados. La expresión de Dave es la misma que tuve al ver *El Huevo de Kubin* o *Tres estudios para figuras en la base de una crucifixión* de Bacon por primera vez. Shane hace boca de pato, como diciendo: «Ajá, no lo veía venir, qué interesante, Hensley...».

La extraña se sorprende al verme, pero no tarda en sonreír, despreocupada.

—Lo agradecería. —Asiente juntando las manos a su espalda.

Shane nos sostiene la puerta y me mira con una complicidad a la que niego con la cabeza. Cuando siento el cemento del corredor bajo los pies, Dave lo arrastra dentro y cierra la puerta para darnos privacidad. Del vestuario no se escucha ni pío, y aquí el zumbido de los tubos de luz llena el silencio.

—Lo siento —decimos al mismo tiempo.

Ladea la cabeza en un gesto simpático.

—Te arrollé con mi auto hace unas horas. Tú no hiciste nada, Blake.

Me nombra como si ya lo hubiera hecho un centenar de veces. Me gusta su familiaridad.

—En realidad, lo hice —aseguro, arrancando el recorrido al despacho tan lento como puedo—. Me quedé viéndote en silencio y te hice sentir incómoda, no hace falta que lo niegues o lo minimices.

Que usara el cabello como escudo fue evidente, como también que se llevara las manos a la espalda para ocultar los dedos inquietos.

La joven retuerce las correas de su cartera por un tiempo y su sonrisa se desvanece con la misma velocidad en que reaparece, pero esta vez es demasiado amplia y me hace pensar que antes de ella, nunca nadie me sonrió en la vida.

—Está bien —dice sin rastro de inseguridad—. También te miraría intrigada si tuvieras una marca así de notable cruzando tu cara. No hace falta que te disculpes.

—No me quedé mirando por intriga —admito.

Deja de caminar y me sostiene la mirada. Mi corazón late más lento con cada segundo que pasa, como cuando pinto. Puede que no me haya sentido tan tranquilo en días.

—¿Y por qué lo hiciste?

Me hubiera encantado responder o invitarle un café, pero dos cosas nos interrumpieron: mi móvil y la puerta al final del pasillo.

—¿Zoella? —pregunta el nuevo entrenador, asomando la cabeza. Ella me mira y debate consigo misma si debe indagar por mi respuesta

o contestar a un Bill Shepard que aparentemente conoce. Miro la pantalla donde brilla el nombre de mi jefa y luego a la chica, disculpándome en silencio por la interrupción.

Me marchó por segunda vez en el día.

Zoe

—¿Cómo es la casa? ¿Y tu habitación? ¿En qué calle queda? ¿Tiene un sistema de seguridad? Quiero la dirección —demanda mientras me tomo la libertad de sentarme en su silla y dar vueltas mientras inspecciono su nueva oficina—. ¿Cuántas personas viven ahí? ¿Comparten baño? ¿Alguno tiene testículos? Pido autorización para darle una charla, en ese caso.

—¿Desde cuándo pides autorización para algo?

Se cruza de brazos con una sonrisa maliciosa.

—Buen punto.

—¡Relájate, Billy! Ya estoy grande, puedo cuidarme sola y tú aún estás a tiempo de iniciar una carrera en el FBI si te apetece jugar al investigador. Sin embargo, sé que vas a descubrir todo de una forma u otra, así que aquí tienes las respuestas: la casa tiene un detector de humo, pero intentaré no iniciar un incendio al cocinar. Mi habitación es un ático remodelado que a Gloria ya le gusta. Estamos a seis cuerdas de aquí y viven cinco personas conmigo, pero solo conocí a dos. Todas chicas a excepción de un tal Elvis Preston.

—¿Elvis Preston? —repite aún con los brazos cruzados—. Acabo de conocerlo en la práctica. Es el inútil más inútil de los inútiles. Hicimos un partido improvisado y anotó en contra.

—No seas tan duro. Tal vez solo estaba distraído.

—¿Para anotar cuatro veces en contra?

—¡¿Cuatro?! Bueno, tal vez es un poquito inútil —reconsidero—, pero eso no justifica que debas gritárselo en la cara y hacerlo sentir mal. ¿Recuerdas a Chase Timberg? Ese hombre tuvo serios problemas de autoestima por tu culpa.

—¿De qué problemas me estás hablando? Ese chico necesitaba a

alguien que lo presionara porque de otra forma no hubiera sido capaz de dar un 110 % en el campo y tampoco en la vida. Era un gas en el aire,apestoso, pero débil, y contribuí a hacerlo tan potente que podría aniquilar la humanidad. —Me pasa una revista de las cajas abiertas que se apilan en una esquina, con expresión orgullosa al ver a su exjugador en la portada—. El método Shepard funcionó con él y lo hará con el zoquete de Elvis Preston.

—Tu método consiste en amenazas, ¿no podrías agregarle algo de amor? Un abrazo diario, uno que otro beso en la mejilla, decirle que lo quie...

—Esto es fútbol americano. No voy a darle besitos como si fuera su madre, ¡a qué ni ella le da besos!

—Ser más afectuoso no te matará.

—Pero sí a mi reputación.

Saco las llaves de mi cartera y se las lanzo. Solo accedí a usar el vehículo de Kansas para mudarme y para viajar a Betland o a Louisiana de visita, si no, me manejaré en algo que no contamine el medioambiente. Bill vendió su coche para obtener el dinero que le faltaba para deshacerse de su esposa y enviarla a Australia, así que estamos compartiendo el vehículo después de que se negara a que Malcom y Kansas le compraran otro auto. Es muy orgulloso como para aceptar algo así.

—Intenta ser amable con estos muchachos —pido rodeando el escritorio, ahuecando sus mejillas y depositando un ruidoso beso en el inicio de su calvicie—. O por lo menos con la mayoría.

Con lo último deja de maldecir a regañadientes. Se conforma con tener una sola víctima, ¿y más de una? Eso es un buen regalo adelantado de Navidad. Mejor que el dinero que podría llegar a darle el hada de los dientes, pero de todas formas a Bill ya no se le caen los dientes y supongo que si lo hicieran, sería de forma permanente.

—Los partidos son los domingos. Espero verte por aquí, lejos para no distraer a mis jugadores, pero cerca para mantenerte vigilada.

Enarco una ceja al abrir la puerta. Sabe que uso su vigilancia como papel higiénico.

—Estaré aquí para apoyar a los Sharps, pero recuerda que mi cora-

zón siempre estará con los Jaguars de Betland. —Le guiño un ojo.

—Eso está por verse, Murphy. —Olfatea el desafío en el aire. Si alguien puede hacerme una infiel de equipos, es él—. Tengo planes para los Sharps. Grandes planes. El *quarterback* de la OCU te robará el corazón este fin de semana.

—¿Y ese quién frijoles es?

Pronuncia su nombre e intento ocultar mi sorpresa.

Como era de esperarse, el muchacho que atropellé ya no sigue en el corredor cuando salgo, pero hay alguien más que me está esperando.



Capítulo IV

De fanáticos y tendencias carnívoras

Zoe

Larson Khalid es un encanto de *Homo sapiens sapiens*. Sus abdominales fueron unos de los que me saludaron cuando entré al vestuario por equivocación.

Me espera porque me ha reconocido. Kansas, Bill y yo mantenemos un perfil bajo. La gente no se interesa en nosotros a menos que sea para acercarse a Malcom, pero a diferencia de ellos, Larson vino de frente con la verdad.

—Hay un tipo en el equipo que es un verdadero fanático, su nombre es Shane. No le dije que eres la hermana de Beasley. Te sacaré una muestra de sangre para coleccionarla de saberlo, así que, por tu propia seguridad, es recomendable que no se entere aún —advierte mientras caminamos fuera del estadio—. La cuestión es que dentro de unas semanas en su cumpleaños, y junto a los Sharps le conseguimos entradas para el próximo juego de los Saints. Sé que estoy siendo algo atrevido y sacando provecho de la situación, pero me gustaría saber si podrías pedirle a tu hermano que le firme una camiseta, servilleta o hasta su propia frente. No se lavaré jamás la cara, pero sería feliz.

—Veré lo que puedo hacer —prometo encantada.

Mamá siempre me alentó a tener y ayudar a que los demás tengan gestos lindos con la gente, y esta podría ser una oportunidad para ganar un amigo a través de un favor. Larson y yo pedaleamos juntos hasta Los Hígados. Puede que él no sea ecologista y se transporte en bicicleta solo porque sigue ahorrando para comprarse un coche, pero me gusta su compañía. En el trayecto, me cuenta que los Sharps juntan dinero entre todos cada vez que uno cumple años y lo invierten en experiencias,

no en regalos materiales.

Al final, resulta que el chico vive en la misma cuadra. Es una zona universitaria, no debería sorprenderme, pero todo parece ir demasiado bien —a excepción de que casi mato a alguien—, como para seguir de esa forma. Estoy acostumbrada a los problemas, y Larson es demasiado apuesto y agradable para no traer uno consigo.

—Cualquier cosa que necesites toca el timbre de Phi Beta Sigma y pregunta por mí, ¿de acuerdo? Es sabido entre los estudiantes que en Los Hígados de vez en cuando todo se sale de control.

—Vamos, ¿no puede ser tan malo!

Nos bajamos de las bicis frente a la casa.

—Abre la puerta y luego me dices.

Y tiene razón. Apenas abro la puerta con mi nueva llave que un... ¿Tomate? Sale disparado en mi dirección. Grito y logro esquivarlo. El tomate sigue de largo y se estrella contra un pilar del pórtico, explotando en jugo y semillas.

—¡Mei Ling, deja de lanzarme esa mierda! —ordena un chico agazapado tras el sofá ante un pepino que surca la sala como un misil autodirigido.

Cierro la puerta y me lanzo al piso como si Bill Shepard hubiera gritado «¡cuerpo a tierra!». Me arrastro con los codos por el suelo. Mi hermano me contó que hay una celebración que se llama la «Tomatina» en Buñol, España, donde la gente se lanza tomates los unos a los otros, pero esto no tiene aspecto de tradición.

Llego junto al que sospecho que es Elvis y me estrecha la mano antes de doblar el cuello en un ángulo antinatural para evitar otro tomate.

—Zoe, ¿no? Un gusto —dice tranquilo, como si le arrojaran frutas y vegetales todos los días—. Tienes algo de tomate aquí. —Apunta mi ceja—. Y aquí. —Limpia un mechón de mi cabello con los dedos—. Lamento lo de Mei, se pone furiosa cuando trato de hacerla comer muchas cosas derivadas de plantas. Esta era mi semana como cocinero.

—Asumo que tiene tendencias carnívoras.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que no me gustan estas cosas que sacas de tu huerta?! —exclama la aludida—. Hace cuatro días que cenamos esta porquería. Quiero *pizza*, hamburguesas, cualquier cosa

que tape mis arterias y pueda saciar mi necesidad de grasa. ¡Recuérdalo si no quieres que te dé un mordisco!

—Y tendencias caníbales, también —añado.

Elvis, que se parece mucho a Elvis Presley y resulta perturbador, se ríe. Me tapo la boca. No quiero que la caníbal piense que me estoy burlando de ella.

—¿Saben lo difícil que es intentar mezclar azúcar y ácido sulfúrico para recrear el experimento de la «serpiente negra» cuando hay tanto ruido? —Glimmer aparece envuelta en una bata de laboratorio al pie de la escalera.

Elvis le hace señas, pero es demasiado tarde, el jugo de un tomate se esparce por su hombro.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que en esta casa se hace el amor y no la guerra, Mei Ling?! —reacciona.

—Estoy dispuesta a hacer el amor con cualquiera que me consiga algo de carne —gruñe la otra.

Elvis me ayuda a ponerme de pie y, por fin, conozco a la lanza misiles que se mantenía medio oculta tras la puerta corrediza de la cocina. Para ser gemela de Akira, es su polo opuesto. Ni en el funeral de mi madre había alguien vestido con tanto negro.

—Iré a comprar si limpias este desastre —negocia Glimmer.

—¿No tenemos una sirvienta para eso? —espetea haciendo un ademán hacia mí, con el mentón.

—La nueva no limpiará tus líos.

—Pero es la nueva —insiste—. Los nuevos limpian, es una regla.

—¿Desde cuándo? Y no es nuestra esclava. Solo fregaré el piso los días que le toque hacerlo. Ahora discúlpate con ella. Le diste la peor primera impresión de la historia.

—Hola —digo, incómoda, moviendo la mano como si estuviera saludando a un vecino que pretendía esquivar al otro lado de la calle.

Pienso que en las películas uno siempre puede identificar con facilidad al gemelo malvado, ¿pero quién lo es aquí? ¿La chica que juega a declarar muerta a la gente o la que festeja la «Tomatina mortal»?

—Ajá —responde, indiferente a mi sonrisa.

Blake

Escucho gritos desde Los Hígados y risas provenientes de Phi Beta Sigma cuando apoyo la cabeza en la almohada por primera vez desde las cuatro y media de la mañana. Miro a través de la escotilla el tren de nubes grises que transita el cielo nocturno.

Me gusta mi autocaravana porque puedo dormirme bajo las estrellas todos los días. Si viviera en la casa con mis amigos tendría que agujerear el techo y después sería costoso de arreglar.

«Costoso». El dinero viene a mi mente incluso cuando no debo o no quiero pensar en él. Me siento al borde del colchón, frustrado. Miro la pila de boletas sobre la pequeña mesa de la cocina y recuerdo cuando no tenía problemas económicos. En realidad ni siquiera sabía que problemas y economía podían combinarse en una misma oración hasta hace unos años.

Mi padre fue un valuador y comprador de obras de arte. A su familia nunca le faltó dinero, pero convencido de que tenía que abrirse camino en la vida solo, canceló sus cuentas bancarias y comenzó desde cero. La primera vez que me lo contaron, pensé que estaba loco porque, queramos o no, los signos de dólar representan grandes oportunidades para quienes los poseen. Marcus Hensley podría haberse quedado de brazos cruzados durante toda su vida y, aun así, su familia seguiría generando dinero; pero su sed por independencia y de mostrar que era capaz de llegar a la cima por sí mismo no se lo permitió.

Estudió Historia del Arte antes de administrar una pequeña galería mientras vivía en una caja de zapatos que ni siquiera tenía separado el baño de la habitación. En esa época, conoció a mi madre, una reina sin corona pero con súbditos por doquier, que se enamoró del plebeyo que solía ser rey. Lo contrató para que trabajara en su empresa, Notre Nuage, y fueron exitosos casi para siempre.

Él murió cuando tenía once.

Todo se vino abajo entonces. Papá había dejado por escrito que iba a donar todo lo que tenía porque quería que mi hermana y yo nos abriéramos paso en el mundo, como él lo había hecho, pero no contó con la poca suerte que tendríamos y que el orgullo dividiría a la fami-

lia. Ahora, Kendra trabaja doble turno en un café y yo tengo que pasar más tiempo del que quiero con mi madre para ayudarla con la renta y colaborar con la escuela de Kassian.

Kass no debería tener la familia que tiene ni vivir en las condiciones en las que vive. Se supone que los más pequeños no son conscientes de los problemas que acarrea la adultez porque están demasiado ocupados siendo niños, pero algunos son obligados a crecer de golpe y, a veces, se pierden una etapa a la que no se puede regresar.

Tener que crecer por las circunstancias y no por los años es injusto.

Saber eso, me mata; pero por más que lo intento, sé que él ve los problemas que su madre y yo intentamos ocultarle.

Cansado e impotente de pensar, busco con manos inquietas entre las gavetas de la cocina hasta encontrar mis pinceles y dejarlos en la cama. De vez en cuando, me dan ganas de llorar por no ser capaz de facilitarle la vida a mi familia. Arrastro el caballete que hay bajo la mesada y tomo un lienzo en blanco de los que se apilan sobre el asiento del copiloto. Me siento al borde de la cama con un vaso de agua y acuarelas.

Cierro los ojos y espero una imagen, una palabra, la melodía de una canción o el recuerdo de un roce. El pincel tiembla entre mis dedos hasta que una cicatriz parpadea en mi mente.

Esta noche la pinto a ella para no tener que pintar un entorno que no puedo cambiar.





Primer fragmento de una carta

Él tenía a su alcance las estrellas, pero la eligió a ella. Contra todo pronóstico social, juntos, brillaron más que todas las constelaciones del cielo.

Él en ella vio la suavidad de un abrazo dado con los ojos; ella en él, un propulsor de sueños.

Los detalles quedaron cerrados herméticamente en los años que compartieron. Ahora son custodiados por memorias a las que no tengo acceso, pero, aunque no pueda decirte más de lo que vi, te aseguro lo siguiente:

Ella hubiera renunciado a su vida por él.

Él hubiera renunciado a su memoria por ella.

Y uno de los dos lo hizo.





Capítulo V

Escudo en un vestido

Blake

Con cuatro horas de sueño y medio café en el estómago —porque no me alcanzó para preparar una taza entera—, afronto el sábado. Dejo la autocaravana para esperar por el coche de mi madre. Si tuviera dinero para la gasolina, una bicicleta o la oficina quedara cerca, iría por mi cuenta, pero es el único capricho que le permito darme.

Hay un par de chicas que parecen regresar de una fiesta, pero luego, la zona está desolada. No son muchos los que osan salir en épocas de exámenes.

No entiendo cómo es que me mantengo en posición vertical. Anoche, el sueño no llegaba, pero parte es mi culpa por quedarme pintando. Cualquier artista sabe lo que es caer en las garras de la obsesión, ceder ante la tentación de la imaginación, y aceptar el desafío de trasladar vida del mundo interno al externo. Quedé atrapado entre el lienzo y mis recuerdos, me perdí en algún lugar que tiene boleto de ida, pero que no te asegura uno de vuelta.

Como si la invocara, Zoe sale a tropezones de Los Hígados, envuelta en un vestido floreado y un delgado abrigo de lana. Lleva los borcegués desatados y arrastra una cartera por el piso. Tantea, somnolienta, el pórtico hasta que se clava el manubrio de una bicicleta en el estómago y la arrastra por los escalones mientras bosteza.

Se da cuenta de que la estoy mirando y trata de esconder el bostezo.

—Demasiado tarde. Ya vi tu úvula, tu lengua y hasta lo que desayunaste.

—Lo siento y buenos días para ti también. —Se rinde y deja caer su



brazo con una sonrisa.

Ella apoya la bici en su cadera mientras se recoge el cabello en un moño alto, dejando a propósito varios mechones sueltos para que cubran su cicatriz.

Me acerco con las manos escondidas en los *jeans*:

—¿Qué tal tu primera noche en...?

—¡Mal día para usar vestido! —chilla cuando la brisa le sube la falda.

Una de sus manos se dispara a su entrepierna y la otra a su trasero. La bicicleta rebota contra el asfalto y me debato entre levantarla o apartar la mirada al percibir la vergüenza en su risa. Opto por lo segundo mientras reprimo una sonrisa que no sé en qué momento quiso manifestarse. Una vez que el viento deja de intentar mostrarme en qué nalga dijo que se tatuaría mi mural, alcanzo la bici.

—Elvis tiene auto. Te lo prestará si lo necesitas —le aviso mientras se abotona el abrigo que le roza las rodillas—. Aunque si mal recuerdo, tú también tienes auto.

—Recuerdas bien. Mi Jeep está familiarizado contigo. Perdón por eso, otra vez. Te hará feliz saber que no lo volveré a usar. Tú y toda la población están a salvo, de momento.

Nadie se disculpó tantas veces conmigo en la vida como ella en dos días.

Extiende las manos y le cedo el manubrio. Sus dedos rozan los míos y, ante tan sencilla e insignificante acción, se tensa de pies a cabeza. Retrocedo para darle espacio, pero no lo suficiente para dejar de tenerla cerca.

—No es necesario que dejes de conducir por haberme atropellado. Fue un accidente.

—No lo hago por ti.

Enarco las cejas con interés.

—Bueno, sí, tal vez una mínima parte es por el hecho de que no quiero matar a nadie, pero en realidad lo hago por el medioambiente. Estoy en contra del uso innecesario de los vehículos motorizados por combustible fósil y a gas natural, ¿sabías que son los responsables de

alrededor del 15 % de la contaminación? No es tanto comparado el que emiten las fábricas y la producción de electrodomésticos, pero...

—Ecologista —reconozco, pero apenas logra asentir antes de que algo a mi espalda llame su atención.

Me giro hacia Phi Beta Sigma y, de todos los chicos que viven ahí, es Larson el que sale con ropa deportiva y una botella de agua en mano. La aversión fluye a través de mí mientras él le sonrío. Trato de que ella no lo note, pero la sonrisa que le devuelve decae cuando desliza la mirada entre ambos. Es difícil ignorar a dos polos que se repelen.

—Felicitaciones por sobrevivir a tu primera noche en Los Hígados, Zoe —dice y después añade—: Hensley.

Asiento ante su precavido intento de saludo. Nos ignoramos todos los días, pero esta vez sé que es educado porque no estamos solos. Intento no recordar lo que hizo, pero fallo. Si mi pasado portara un rostro, tal vez, los ojos serían los suyos.

La chica de la bicicleta no es tan despistada como parece. Sus dedos se enroscan y desenroscan alrededor del manubrio con incomodidad ante la tensión, pero su sonrisa no desaparece. Siento que se convierte en mi escudo antidiodio cuando le dice a Larson algo que lo hace reír y, cuando él se ríe, recuerdo la época en la que éramos amigos.

El familiar sonido del motor del coche de mi madre rompe mi momento de paz con la presencia de Larson. Espero que se eche a correr antes de que me suba al auto. No confío en él porque es mejor amigo de Wendell, el padre de Kassian. Es sabido que las amistades pueden arrastrarte a lugares peligrosos y el escrúpulo se instala hasta en mis huesos. No lo quiero dejar a solas con Zoe.

Él sabe que mi resentimiento es demasiado grande, lo ve en mis ojos, por lo que se va.

Frederick, el chofer, aparca frente a mí.

—Intenta no atropellar a alguien con tu bicicleta —digo a la ecologista en el esfuerzo por dispersar la tensión, pero veo la curiosidad en su rostro por la reciente escena.

No fue mi intención ponerla en esta situación. Debo estar suplicando sin saberlo porque su sonrisa sigue intacta, como si lo entendiera, a pesar de que ambos sabemos que ni siquiera la curvatura de sus labios

puede quitar la rigidez de nuestros cuerpos.

—Y bienvenida a Owercity, Zoella.

—Zoe —corrige con voz pausada—. Puedes llamarme Zoe, Blake.

Hay algo en su forma de mirarme que me hace interpretar su oración como muchas otras: «Puedes llamarme Zoe, puedes hablar conmigo, puedes contar conmigo».

Zoe

Shakespeare dijo que la locura tiene su propia lógica. Lo comprobé anoche después de la Tomatina.

Ayer, dejé mis cosas bajo las escaleras mientras salí para entregarle las llaves del Jeep a Bill. Al regresar, me encontré a Elvis gritando por el ataque de Mei Ling; sin embargo, un rato más tarde, ocurrió lo mismo:

—¡Hay una serpiente alrededor de mi pierna! —Saltaba en un pie y sacudía el otro como si eso pudiera aflojar el agarre de Gloria. De pronto, se quedó callado y se dio cuenta de la dimensión de esas palabras. Su pánico se triplicó—. ¡¿Por qué hay una maldita serpiente alrededor de mi pierna?! ¡Llaman al zoológico, a control animal, a las benditas fuerzas armadas o a mi mamá!

—Relájate, es inofensiva y no es venenosa. —Sonreí para tranquilizarlo, pero solo lo alteré más—. Es una pitón y su nombre es Gloria. No puedes temerle a alguien que se llama Gloria, Elvis.

Me arrodillé y empecé a desenroscar a mi amiga de su pierna. La tapa del terrario de seguro se abrió durante la mudanza. No obstante, me resultó raro que Gloria saliera de él. Es muy tímida. Fue una pena que, una vez que se sintió en confianza con alguien, este quisiera llamar a su mamá.

—¿Tienes una pitón de mascota? —inquirió, aún estupefacto—. Ni siquiera te molestes en desempacar, porque tú —añadió al apuntarme con el índice mientras intentaba no perder el equilibrio— no puedes vivir aquí si tienes esa cosa.

Mei Ling lo miró con su usual antipatía, pero le brillaron los ojos con una diversión perversa. Pensé que ella y Bill se llevarían bien.

Ya tenían en común odiar a Elvis.

—No seas exagerado, en esta casa se aceptan mascotas. Te tenemos a ti después de todo —recordó.

—¡Claro que se aceptan mascotas! Perros y gatos, peces y cobayos, ¡hasta podría aceptar un jodido caballo! —Corrió al otro extremo de la habitación cuando Gloria se acurrucó alrededor de mis hombros—. Pero ¿algo que come ratones? No, estás loca.

—Las conservaremos —sentenció Mei—. A Gloria y a la chica que le da ratones para el almuerzo.

Era lo más indirectamente amable que me había dicho desde que había llegado.

—¡Tú misma estás reconociendo que le da ratones para comer! ¿Y sabes que le da de postre? —dijo, exasperado, pero su voz se volvió un susurro al echar otro vistazo a Gloria—: Humanos, seres humanos como tú y yo.

—No come tanto, aún es una bebé —aseguré acariciando su cabeza—. Ingiere un ratón cada un par de días.

—Sí, y cuando se le antoje algo dulce de sobremesa la seducirá mi glucosa en sangre y me comerá —argumentó, pegado a la pared.

—Si las chicas no quieren darte un beso, tampoco una pitón lo querrá; no te preocupes —le restó importancia.

Akira bajó por la escalera al oír el escándalo. Sonrió en mi dirección como si ver a tu nueva compañera de alquiler con una serpiente en brazos fuera de lo más casual. Entonces, ella trasladó sus ojos a Elvis. Él empezó a negar con cabeza, pero fue en vano. Ella lo derribó como si estuvieran jugando fútbol y empezó a examinarlo.

—Posibles síntomas por mordida de serpiente venenosa: sangrado, fiebre, diarrea, convulsiones, pulso rápido, ardor en la piel, muerte tisular, visión borrosa. —Le abrió los párpados con los dedos e incluso metió su cabeza bajo la camiseta del chico para oír su corazón—. Vómitos, entumecimiento, sudoración excesiva, desmayo, dolor y pigmentación de la piel entre otros.

Elvis pudo quitársela de encima recién treinta minutos después.

Cuando Glimmer volvió con la cena, nos sentamos frente al televisor

a ver *Next in Fashion*. Mis compañeros de fraternidad se quejaban de los diseños, de los presentadores y de los concursantes; sin embargo, al parecer, a ninguno le interesaba la moda, pero me enteré de que Ingrid los obligaba a mirarlo y se volvieron adictos. Me dio gracia preguntar dónde estaba ella y que respondieran: «En Europa o por ahí». Asumí que su ausencia no era extraña, pero cuando Mei subió el volumen, me dio la impresión de que lo hizo para no responder más preguntas al respecto. Los noté entre molestos y tristes por la ausencia de la misteriosa Ingrid.

Me sentí fuera de lugar, como alguien que se ha perdido una fiesta de la que todos están hablando. Lo mismo me ocurrió con Blake y con Larson esta mañana. Es difícil ser nueva en un mundo de viejos conocidos. No sé qué puedo o no preguntar, o si voy a herir los sentimientos de alguien al hacerlo.

Como si no hubiera tenido una buena dosis de ser la forastera, llego a Notre Nuage e ingreso a su estacionamiento privado por primera vez. El guardia de la entrada es el tipo más limpio que vi en mi vida. Le brilla hasta la calva, como si el de mantenimiento se la hubiera pulido.

—Hola, ¿cómo estás? —Apoyo la bici contra mi cadera y le muestro mi nueva identificación—. Tu traje es impecable, pero ¿no crees que te calcinarás con él por la tarde? ¿No te dejan usar bermudas o un *kilt* parecido al de los escoceses?

Al decirlo, recuerdo el pronóstico para la semana y me arrepiento.

«No pienses en eso».

«No pienses en eso».

«No pienses en eso».

Me concentro en el hombre que está mirando mi vehículo como si quisiera reír.

—¿Tienes algún problema con mi bicicleta, enemigo del medioambiente? —espeto, haciendo que sus labios dejen de temblar de golpe—. Eso pensé —regaño cuando me deja pasar y avanzo con la cabeza en alto, no sin antes añadir un serio, pero cortés—: Y que tenga buen día, señor.

Hay pocos lugares vacíos, lo que no es extraño para un edificio don-

de trabajan más de cuatrocientas personas. Aún no puedo creer que Bill me consiguiera un puesto con solo un llamado.

Dejo me bicicleta entre un Lamborghini ultranuevo y un BMW recién sacado de la fábrica. Considero ponerle el candado, pero ¿quién me la va a robar? Una vez que me alejo lo suficiente entiendo de qué se reía el de seguridad. La imagen es algo penosa, pero mejor ser fiel a tus ideales —y cuidar tu bolsillo—, que ir en contra de ellos para encajar.

Cuando vuelvo a pasar frente al guardia, este asiente en mi dirección, con respeto. Estoy lista para conocer a la exitosa Betty Georgia MacQuoid.

